

JESÚS R. TORRELLAS ANTÓN

# CUATRO AÑOS

*El Viaje del Vagabundo*



Ediciones Amatista

# CUATRO AÑOS

## EL VIAJE DEL VAGABUNDO



EDICIONES AMATISTA

**CUATRO AÑOS**  
**El Viaje del Vagabundo**

© 2015 Jesús R. Torrellas Antón

© 2015 Ediciones Amatista, S.L.

C/ Francisco Martí Mora, 1

07011 Palma. Baleares.

España

[www.edicionesamatista.com](http://www.edicionesamatista.com)

[info@edicionesamatista.com](mailto:info@edicionesamatista.com)

Diseño de portada: Mario Zárate Moreras

Maquetación: Raquel Robles Trigo

ISBN: 978-84-943579-9-2

D.L.: PM 1029-2015

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

JESÚS R. TORRELLAS ANTÓN

**CUATRO AÑOS**  
**EL VIAJE DEL VAGABUNDO**



EDICIONES AMATISTA

# ÍNDICE

Diciembre 2008 .....	11
Aquellos ojos .....	17
La señal .....	19
Marchar .....	23
Cantabria profunda .....	29
La primera peseta. Santander .....	33
Los guardianes de la ermita .....	37
Rosa .....	43
Incidente en la Dehesa Extremeña .....	47
El manantial .....	55
Zúñiga .....	61
El hambre del vagabundo .....	67
Búhos .....	73
Circo “Atlas” .....	77
La tormenta .....	83
Luzmar .....	87
Vagones .....	99
Volver .....	107
Viernes Santo de 1973 .....	111
“Manos blandas” .....	117
Las monjas de la montaña .....	123
La cuadratura del vagabundo .....	129
Elías. La mejor medicina .....	135
La infancia del vagabundo .....	155
Elías. Jesús .....	161
Gentes de las estaciones .....	179
Elías. Las láminas de la memoria .....	187
El atardecer del vagabundo .....	205
Elías. Las profecías .....	209
Los pies del vagabundo .....	221

Tierra de guerreros. La Bretaña .....	227
Elías. El grito .....	237
Atletismo de plaza .....	251
Elías. Ovnis .....	259
Elías. La Cruz del Sur .....	281
Sin noticias de Dios .....	303
El parto del invierno .....	307
La tarde .....	309
El barrendero .....	311
Nochebuena .....	315
Los atardeceres del Maestro .....	321
La jaula .....	325
El adiós. 24 de enero de 1976 .....	327
Misterio en los montes vascos .....	331
Cementerios de Castilla .....	337
La mano amiga .....	341
Mi casa .....	345
El vagón de los sueños rotos .....	347

*La Cruz del Sur es una constelación del hemisferio sur, situada entre Centauro y Mosca, en el borde de la Vía Láctea. Contiene cuatro estrellas brillantes situadas de tal forma que representan los extremos de una cruz latina. La constelación está ubicada encima del Círculo Polar Antártico, y es visible en su totalidad hasta los 25° latitud N...*

... pero hay más, mucho más de lo que apuntan, o saben, los científicos.

Quizás, como me aseguró Bernard, aquel viejo marinero solitario, sea el “sexto continente” de nuestro planeta, o quizás como me explicó, con todo lujo de detalles, Elías, sea la siguiente etapa en el camino hacia Dios, y un plano adimensional superpuesto a este mundo, Tierra.

Por eso el destino de todas las salidas astrales del alma es ese punto del cosmos. Tal vez un espejo y, al fin, nuestra verdadera morada.

En cualquier caso, un referente para tantos anónimos que sin saber, intuyen, y que guardan en sus adentros La Cruz del Sur.

## DICIEMBRE 2008

Hoy la chopera se retuerce en la niebla, y el cuero cuarteado que ya comienza a ser mi piel se avieja aún más.

Ni los alfileres del frío, ni el cuerpo cimbreado aterido en la desnudez humillante de las copas escuálidas, alargadas, constreñidas, ni los nerviosos muscardinos hambrientos en su correr eléctrico, ni siquiera “el ángel de la guarda” logran eventrar el sello de aquellos recuerdos.

Las caderas aploman los pasos, cansadas, incapaces de una verticalidad irrecuperable, entregadas a su suerte. Como las varas juveniles de los álamos, indefensas al chasquido de un viento repentino y traidor.

Esta niebla oculta mi vagar en la tarde lenta del otoño moribundo.

Solo la noche puede hacerle cosquillas a la cerradura de los recuerdos.

La noche... y su negro charol.

Aroma a hombre desgastado en la lucha, corroído por idiomas viejos escondidos en el principio de los tiempos. El sonido de esas palmas invisibles que murmullan obsesivas en la nuca, sin saber si aplauden o si claman retirada.

Hoy la chopera masca su soledad, lejos de trenes, de grandes cauces, de barrios superpoblados, de carreteras y hasta de senderos.

También es vieja, el cortezón se agarra a la humedad pero los líquenes murieron en el fragor del estío. Y el amago de semilla cayó a un suelo enmoquetado de rumbos perdidos. Absurdos.

Es como si el buitre que pare la niebla ventease su víctima en la espesura de troncos, sin disparar hasta dar con ella. La vida deja de palpar, se hace el muerto, solo yo camino mientras la nebulosa huele carroña sin ubicarla.



De niño, cuando se cerraba tanto sentía pavor, presintiendo la llegada de brujas y monstruos malignos. Hoy siento calma, señales... y recuerdos.

Atrás quedaron gallardías, sonrojos, vergüenzas, hambre y frío, medio siglo descabalado, indigerible por lo denso, pero mi alma está fresca, apenas es pulpa, gelatina de un fruto nuevo, savia en torrentera como la que circula en lo más profundo de los álamos, allí donde la vida se gesta.

Otra vez el paréntesis, la conjunción de los universos en esta hectárea que no alcanza enjundia para figurar en mapa alguno, y el peso de los anónimos que se filtra entre los cristalitos en suspensión de la niebla, para hundirme otro poco en el musgo.

Llega la Navidad, en silencio, a los muros de la ermita, junto a los tristes árboles. Y yo estaré aquí, de la mano de aquellos que en mi vagabundeo me abrieron las puertas al conocimiento, depositando una oración a los mantos de Nuestra Señora. Juntando letras huecas. Musitando añoranzas. Engendrando vacíos.

Solo quedo yo en esta forma carnal. Los que no abandonaron para regresar al terreno, simplemente se evaporaron, dejando estela de fantasía.

No les puedo fallar, soy depositario de una confianza que trasciende cualquier encasillamiento. Sé que un soplo liviano de mi espíritu sería suficiente para eliminar de un plumazo esta niebla. Aprendí a hacerlo con aquellos sabios. Y el postrero rayo de la atardecida tinter de verde somnoliento la hojarasca que mulle los nudos de la base de los álamos. Las heridas de guerra, el escarbar del jabalí, la sutura de la lluvia primaveral, las estrelladas en calma y algún amor perpetuado en noches de luna llena.

Pero no lo haré porque la niebla marca el territorio prohibido. Mejor así.

Aquellos cuatro años...

*Un recuerdo, desde mi corazón, desde lo más hondo del mismo,  
para la Hermana María, para las demás Hermanas, para Zúñiga,  
Rosa, “Manos blandas”, Luzmar, para aquel viejo pescador de  
Normandía y para tantos otros que se cruzaron en mi camino.*

*Un recuerdo y una lámina de mi memoria para Elías, que allí  
donde estés, a buen seguro cerca aunque mi torpeza no te perciba,  
sigas guiando mis pasos y escuchando las plegarias.*

*Sabios, anónimos, buena gente. Casi todos estarán muertos,  
pero nunca olvidados. Es imposible.*

En lo más profundo de cada alma hay un rincón, personal e intransferible, al que nadie puede acceder, muchas veces ni uno mismo.

Esa es la Creación, el gran regalo de Dios y el milagro de la vida.

Ese rincón, tu verdadera esencia, es lo que te une y funde con el resto de los universos y las memorias.

Ese rincón está en perpetua paz, en continuo renacimiento. El resto del alma puede inquietarse, ser un remolino, pero la esencia, tu secreto, es calma total.

## AQUELLOS OJOS...

Me hiciste mucho daño.

No fui para ti ni una apuesta, ni un pasatiempo, simplemente un capricho macabro. La bella señorita de ciudad que se regocija humillando a un labriego, “pardillo” al que tomar el pelo para divertirse unos días.

Fueron tus ojos lo más hechizante que jamás vi, los de la serpiente que anula la voluntad de su víctima para, a continuación, devorarla.

Durante noches pude contar las estrellas, el firmamento no guardaba secretos para mí. Y tu obra de arte, tu “ópera prima”, fue rubricada con aquel beso entre las encinas.

Te revolcaste en mi dolor, leña del árbol caído. Y luego el vacío total. La negrura y el frío.

Nosotros, los que solo aspiramos a pasar de puntillas, inadvertidos sobre la faz de la Tierra, a que se nos recuerde como buenas personas, somos las presas más codiciadas para las rapiñas de la burla.

Me hiciste mucho daño, mancillando lo más sagrado que posee un ser humano, lo único que le permite crecer o convertirse en un monstruo insensible al sufrimiento ajeno, los sentimientos.

Fueron tus ojos, desde entonces, mi martirio, el estilete que despertó la eterna vocación de vagabundo.

Aquellos ojos, siempre los ojos... la pesadilla. El principio y el fin.

## LA SEÑAL

*Nota del diario, escrita en aquel despertar de julio.*

Todo en este amanecer es extraño, me ha despertado ese grito iracundo que solo una vez en la vida se oye, y en el silencio de la llanura, en duermevela, rasga el orden de los planetas y opaca el brillo de las estrellas. El grito que, a empujones, emerge de las entrañas planetarias.

Es la señal, la voz retenida bajo milenios de castigo de los viejos alquimistas, de los antiguos creadores de rutas astrales, de los eternos marginales, de los auto-ahuyentados, de aquella extinta extirpe de enamoradizos obsesivos que juntaban caminos y cielos en una ecuación imposible.

Sale el sol, ese juguete traidor que los dioses usan para volver, otra vez, proscritos a mis hermanos, y un viento de tormenta limpia el llano de bostezos y fantasmas.

Fueron tus manos la luz, el verdadero sol, tal vez la única verdad en esta mañana, o quizás la cruel prolongación de una noche que no puede morir sin dinamitar este cuerpo. El “duende de los malditos” anda por aquí, su presencia asfixia como el polvo pegajoso de los trigales recién cosechados.

Es la señal, el cosquilleo de ese gen invisible a la ciencia, el tesoro y la perdición de los hijos de la noche más negra.

El ventalle saca lustre a las encinas señoriales en las cumbres parameras, refulgen y excitan la imaginación desde aquí, pero en el llano, no puede el aire atravesar esta maraña de miedos e ilusiones, de pánicos y llamadas subterráneas.

Solo la voz de los condenados a callar y la sangre hirviente de mi alma, que es la suya, pueden derretir el laberinto, reducir a motas de polvo los muros más recios. Invoco al ayer, a los ancestros, para beber de aquel beso furtivo al abrigo de las encinas señoriales. Aliento tórrido de amor.

Es la señal y yo... como en la vieja canción, ya no siento nada, llevo la mente en blanco, para bien o para mal y, ahora sí, ahora ¡al fin sí! tengo que marchar.

Y salí a buscar.... no sé si a mi ser, si a las raíces, si al mismísimo Creador.

Cuatro años de vagabundeo, “con lo puesto”, empujado por ese “no ser de este mundo” que me envuelve desde el uso de razón.

Abrazo silencioso, machacón, que llega a convertirse en otro órgano vital, algo cuyo manejo no depende del propio sistema nervioso, y sí del designio caprichoso y, muchas veces cruel, de unos hilos celestiales.

Cuatro años llenando a reventar sacos de recuerdos, tomando apenas unas notas. Los cuadernos llegaron a apolillarse en el falso fondo de la mochila.

Hoy, meditabundo y confuso por la melancolía, me dispongo a rescatarlos de las aguas en calma de mi alma y a ordenarlos en una sucesión imposible. Varios dormirán para los restos bajo esas aguas, no es posible remover en ellas, lo que se va al fondo pasa directamente a ese otro mundo. Ya no es patrimonio personal, sino de la colectividad universal.

A ser sincero, fueron dos, la mitad restante habité en un recóndito pueblo, dejado de la mano de Dios, en el alto Aragón. Allí “gusté” y sufrí el escarnio de la soledad corpórea, el tristísimo silencio de las calles, el azote de un “cierzo” helador que, cada tarde, acaparaba para mí.

Una soledad, elevada a su máxima potencia que me hizo fuerte ante las adversidades futuras. Allí, como un iceberg a la deriva, comprendí muchas cosas. Allí desenmarañé el dédalo de mi mente y supe justamente lo que quería decir la vieja canción del genial Jesús de la Rosa, al que tantas veces aludiré en estas páginas, “ahora siento que llegó el día que tengo ganas de vivir, de atravesar los muros y ruinas que aunque pase el tiempo, están ahí, y florecer como un hombre nuevo, sin miedo a la tragedia por venir”.

Los dos años restantes fueron de fusión con la “periferia” de la sociedad, con los “no integrados” por decisión propia, o por simple

imposibilidad natural. Poetas hambrientos, iluminados, autoexcluidos, renegados por convencimiento, mendigos orgullosos en su desgracia y, sobre todo, gente de bien. Parece mentira la inmensa cantidad de gente generosa que hay esparcida por el mundo, de esos que no practican la ruin hipocresía, de los que siguen al pie de la letra el precioso pasaje de los Evangelios que dice: “no sepa tu mano derecha lo que hace la izquierda”.

Noches de vestíbulos fríos de estación, de apeaderos en desuso, de eras con rocío que calaban los tuétanos, de contramuros y pórticos de ermitas, de cunetas y taludes de arroyo al abrigo de los vendavales, hasta que esa “llamada inconsciente” me retornó, sin necesidad de mapas, al punto exacto donde arrancó tan inolvidable aventura.

Y de encuentros con ese ser superior que todos, sin excepción, llevamos en el interior. Con la sola compañía del cielo, de un amor imposible que ya murió por olvido y... de la música.

Revivir aquellas escenas y sensaciones es de obligado cumplimiento para no dejar “coja” esta vida y perder así su pata más valiosa.

Se intercalan las torpes páginas de mi diario y los recuerdos. Mejor así.

## MARCHAR

*Y que los dioses me amparen...*

Con el sol en la perpendicular, justiciero, capaz de amedrentar al más “pintado”, mediodía de aquel julio avanzado entrado ya en pertinaz sequía, volví por última vez la cabeza hacia atrás.

Allí abajo, mimetizada en las “brasas” arcillosas del llano, quedaba mi casa, diluida y ondulante por la canícula, y mis treinta años de luces y sombras. De eterna espera, de fe en lo imposible, y lo absurdo.

En ese instante, ni el más sabio de los hombres ni el más sabio de los ángeles, hubiesen podido clarificar dónde estaba el vacío, si delante o detrás de mí. Fue como el desgarró preciso de un bisturí que, en vez de seccionar músculos y tendones, hizo un tajo tan profundo en la vida que quedó abierto un abismo entre el antes y el después.

Me disponía a calmar esa sed de caminos, de silencios escondidos y soñados, de brumas espesas en la infancia, a borrar aquellos ojos... aquellos ojos.

La vieja guitarra, confidente y “arma arrojadiza”, o “tubo de escape” según los ánimos en noches ardientes de deseo no consumado. Caja de resonancia para todo, compañera fiel, lo único que se hizo acreedor a tan hermoso adjetivo en mi vida, fiel.

Unos mapas dibujados en recreos escolares, jugando a artista errante mientras los otros chiquillos cantaban goles en la era. ¡Quién me iba a decir que aquellos ingenuos trazos con el transcurrir de los años cobrarían vida!

Lo que sembramos cuando niños... que cierto, qué maravillosamente cierto es, la rueda infatigable de los años y las experiencias, ese círculo perfecto como ningún otro, te lo devuelve adornado en papel de regalo cuando adulto.



Un boomerang que nunca falta a su cita no escrita.

La mente plana, los bolsos vacíos, y una mochila embadurnada en turbios recuerdos eran mi equipaje. A “comerme” el mundo, con el alma quebrada, y a modo de la estrella que guió a los Reyes de Oriente, ese grito intermitente pero atronador en la soledad.

Consciente de que mi fuerza eran dos figuradas alas de mariposa en la espalda, bellísimas, pero frágiles como un jilguerito en medio del tifón.

Mi verdadera vocación: vagabundo. Crisálida recién salida del nido a merced de los vientos del destino.

Recuerdo que la primera zancada tras decir adiós, un adiós lacónico al llano, fue prueba de fuego. La atracción de lo deseado y desconocido tiraba de mí, pero un gancho de hierro me quería retener a la seguridad de mi “madriguera”, la tierra natal. Era el raposillo que se emancipa de los progenitores por obligación.

Ante sí, los depredadores, el miedo... y el verdadero yo por alcanzar.

La duda inicial que siempre se arrastra como un remordimiento en la dificultad, “debí quedarme”.

Los campos de labor, y los barbechos ávidos de agua, agitaban un pañuelo imaginario para despedir al hijo predilecto, a quien los “pateó” durante tres décadas de sinsabores.

Las demás estaciones son un placer para los sentidos en la llanura, toda la gama de colores y sus mezclas, a veces explosivas, las más suaves, pero julio y agosto solo se tintan de un tono, bochorno. Llamas sin piedad.

Cuando se cierra, dando un “portazo”, tu casa, y tiras las llaves, se vislumbra la inmensidad, un infinito al que dar formas y fronteras. Se abre algo que intuyes está ahí, aunque no lo veas. Como los duendes de la noche.

En el cerebro una obsesión, trenes, vías, apeaderos de pueblo y, sobre todo, vagones. Devorar miles de kilómetros, comarcas y países, como los vagabundos del cine. Un sueño en constante ebullición desde la niñez, efecto de alguna película que me impactó,

o simple genética. Nunca me lo planteé, ni intenté despejar el dilema ¡qué más da! aunque ciegame, me inclino por lo segundo.

Y en las piernas frescor juvenil, hambre de cunetas, playas y asfalto, acostumbradas y encurtidas las plantas de los pies con esas ampollas que regala el estío en la tabanera.

Desconozco la distancia recorrida en las horas iniciales de mi marcha, pero fueron docenas de kilómetros, con el vigor del lebrél, aprendiz de cazador, que pasa la semana estirándose en el corralón, y el domingo es sacado a campear por su amo. Correr sin control, sin dirección, con sobrante de gasolina, en un alocado ir y venir.

Necesitaba alejarme, ciego, que la gran madre Tierra “tragase” a mi pequeña madre tierra, que mi casa “pertenebiese” a otro mundo, y así atravesé horizontes rectos y páramos descarnados, arroyos de llanura y un par de caudalosos ríos, hasta que la curvatura del planeta borró cualquier señal, cualquier referencia del albergue que me vio nacer, y la identidad de la nueva comarca enquistó definitivamente la posibilidad de un viaje de ida y vuelta en el mismo día.

Andar, respirar con profusión, mamar la incipiente libertad, ensimismarse con los movimientos cuasi atrofiados de la naturaleza bajo la chicharrera.

Atrás quedó el llano, había sorteado varios pueblos a fin de no establecer contacto, ni siquiera visual, con ser alguno. Era mi momento, mi tiempo, y era solo mío.

De pronto, coincidiendo con las altas montañas cántabras en un horizonte ya quebrado, el estómago reclamó su necesidad, y las piernas hinchadas, y los surcos de los labios agrietados.

Siempre recordaré aquel momento, mi primera comida tras el renacimiento. Estaba nervioso, un parvulillo en su debut colegial, creando el ritual que ya, durante esos cuatro años, me serviría de compañero de mantel y menú. Desparramar los mapas, la brújula y la guitarra a modo de imaginarios comensales sobre la hierba, alguien con quien poder departir sobre las andanzas más recientes.

Debe ser cierta esa teoría, ya casi realidad demostrada por la ciencia, de que nuestro cerebro, en estados de máxima relajación y